

24 de agosto
de 2019

VIVIMOS UN TIEMPO en el que, como miembros de iglesia, es nuestra responsabilidad llevar a cabo la obra médico misionera. Este mundo es semejante a un hospital con pacientes que padecen enfermedades físicas y espirituales, y al que cada día se suman más y más personas. Por esto, quiero compartir este mensaje que podría ayudar a cada una de nuestras iglesias.

En abril de 2017, el Centro Promotor de Salud y Esperanza de Durango, en México, abrió sus puertas para llevar a la comunidad salud física, mental y espiritual. Comenzamos a trabajar con cinco colaboradoras que apoyaban la impartición de diferentes talleres, programas y actividades a través de la iniciativa «Quiero vivir sano». Cada una de ellas brindaba al Centro Promotor parte de su tiempo y conocimientos y, aunque sentíamos preocupación por empezar una obra tan poco común en nues-

tra ciudad, el Señor se manifestó en los corazones de los que asistían.

En el Centro Promotor se imparten talleres de cocina saludable y también clases para niños como «Vamos a movernos», que hacen hincapié en la actividad física. Incluso se imparten talleres sobre salud mental, a través del programa «Mente sana».

Una tarde, llegó a una consulta nutricional una dama de nombre Josefina. Se veía bastante preocupada y triste. Ella deseaba cuidar su salud física. Después de un tiempo noté que no asistía a las consultas solamente con el fin de llevar una mejor alimentación, sino que necesitaba ser escuchada, sentirse querida y aceptada. Le regalé el libro misionero del año: *El poder de la esperanza*, y le propuse que leyéramos un capítulo por día, y que cada semana lo comentáramos. Le prometí que oraría por ella cada noche pidiéndole a Dios que pudiera obrar en su corazón.

Una semana después, llegó a nuestra cita muy contenta, relajada y sonriente. Noté el cambio en seguida y le pregunté qué le había parecido el libro. Me respondió que había sido una experiencia reveladora para ella, que había comenzado a hablar con Dios y que ya no sentía que estaba sola. Me preguntó si yo pertenecía a alguna religión y le comenté que nuestro programa pertenecía a la Iglesia Adventista del Séptimo Día. En aquel momento, la invité a asistir a nuestra iglesia y seguí orando por ella. Tiempo después, su familia y sus nietos comenzaron a leer el libro. Su deseo ahora es que su familia pueda asistir a alguna de las reuniones de la iglesia.

Al notar el cambio radical en su vida, Josefina me comentó: «Jamás pensé que al venir a este centro, no solo mejoraría mi salud y mi peso, sino que también sentiría mi espíritu renovado y comenzaría una relación más cercana con Dios».

La obra de salud es una parte fundamental en la iglesia, ya que nos da la oportunidad de entablar una relación más estrecha con los que son atendidos a través de los diferentes programas. Ella nos permite arar el campo donde habrá de ser sembrada la más importante de las semillas: la semilla de Cristo.

Jézika Metelín Savedra,
Directora asociada del Ministerio de Salud
de la Misión Noroccidental, Unión Mexicana del Norte

La iglesia y los centros de influencia

